

# EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III.

3 Junio 1866.

NÚM. 22.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.  
—18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.

### EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-

RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

### POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 46.—Año, 84.

ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,

RICO. 7 pesos.

AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

## REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

## ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

### PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 reales uno.

## SUMARIO.

La gran festividad del Corpus-Christi, por S.—Catorce años, á Luisa (poesia), por D. R. Serrano Alcázar.—La maldición de la niña: cuentos madrileños, por D. F. G. Manrique.—El ci-

prés (poesia), por D. Melchor de Palau.—Bombardeo de Valparaíso.—El renacimiento literario (continuación), por D. C. R. de Arellano.—Una partida gitana: cuento, por D. A. Alcalde Valladares.—Las joyas de la mujer, por D. Rafael Cano.—

Revista lirica, La Giuditta, por X.—Corrida de toreros, por D. G. Flores.—Justa recompensa.—Pensamientos y máximas, por D. Jacinto Labaila.

Grabados. Bombardeo de Valparaíso.—Tipo andaluz.

## LA GRAN FESTIVIDAD

### DEL CORPUS-CRISTI.

La Iglesia conmemoró el jueves la institucion de la Eucaristia, Sacramento por excelencia de la ley de gracia y vínculo de caridad entre los miembros creyentes de la misma.

Instituida por Jesucristo la víspera de su Pasion despues de la última cena que hizo con sus apóstoles, véase la forma en que hablan de ella los evangelistas y San Pablo (1): «Jesus, dicen, despues de haber cenado con sus apóstoles, se levantó de la mesa para lavarles los pies. Volvió despues á la mesa, y como comiesen, tomó del pan, dió gracias á Dios, bendijole, lo partió y lo distribuyó á sus discípulos diciéndoles: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros* (y, segun el texto griego, *que es entregado por vosotros*). *Haced esto en memoria mia*. Asimismo despues de cenar, tomó el cáliz (esto es, la copa en que debia), y habiendo dado gracias le bendijo y se les dió diciéndoles: *Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será* (segun el griego, *que es*) *derramada por vosotros y por muchos en remision de sus pecados. Haced esto en memoria mia*.

En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y

yo le resucitaré en el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.... Este es el pan bajado del cielo. Vuestros padres comieron el maná y murieron; pero el que coma este pan, vivirá eternamente.»

Aunque la institucion de la Eucaristia tuvo lugar el jueves que la Iglesia llama Santo, celébrase el jueves despues de la octava de Pentecostés, porque en el primero está aquella principalmente ocupada en celebrar la memoria de la Pasion, y era natural, esto supuesto, que para ello se escogiera el primer jueves despues de dicha octava, para que celebrándose en esta la fiesta de la formacion de la Iglesia, pudiera luego celebrarse la memoria del gran misterio, por el cual esa misma Iglesia fue alimentada, fortificada y perfeccionada.

Los apóstoles transmitieron á los pueblos el dogma de la Eucaristia en los propios términos que le habian recibido de Jesucristo, como atestigua San Pablo, y así vemos que desde los tiempos apostólicos, en todas las iglesias que se forman se celebra este misterio, lo mismo en Oriente que en Occidente; siendo un hecho constante que así antes como despues del cisma de Focio, y hasta el siglo XVI hubo una sola fe sobre tan adorable misterio, y que cuando en los siglos XI y XII aparecieron Berenguer y Pedro de Bruis no tuvieron eco los razonamientos de estos innovadores.

En el siglo XVI Lutero mismo confesó que le era imposible desechar este dogma por estar convencido de su evidencia, llegando el caso de enfurecerse contra Carlostadio, su discípulo, á quien

hizo espulsar de Wittemberg porque necesitaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, proclamada tambien en Suiza por Zuinglio y Ecolampadio.

Viene despues Calvino y confiesa que en la Eucaristia está presente el Cristo, que le comemos, y que su cuerpo derrama desde el cielo una virtud misteriosa en el alma de los fieles, y de esta opinion participan luego los llamados Anglicanos. ¿Qué hay en todo esto?

Nosotros debemos concluir acatando lo dispuesto en el cánón I, capítulo VIII, sesion XIII del Concilio de Trento, que dice así: «Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia se contiene verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y la sangre, juntamente con el alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; y por consecuencia todo Cristo; y dijere que solamente está en él como en señal ó en figura, ó virtualmente, sea ex-comulgado.»

Créese que esta fiesta se celebraba desde muy antiguo por los cristianos en diferentes dias, con anterioridad al siglo XIII; y si consideramos que en 1264 fue cuando el Papa Urbano IV ordenó por regla general que se estableciese este culto en la Iglesia universal, fuerza será confesar que esa práctica debia ya venir de las iglesias particulares, citándose entre otras la de Lieja que en 1246 la celebró á instancias de la beata Juliana. Consta, sin embargo, que la procesion del Corpus se dispone por el Papa Juan XXII al propio tiempo que la celebracion de la octava.

De todos modos, resulta como un hecho constante que así la institucion de la festividad como de

(1) Matth. XXVI.—Marc. XIV.—Luc. XXII.—Juan. XIII, XI.—Cor. XI.



la procesion, son la significacion del triunfo alcanzado por la Iglesia sobre sus enemigos en este misterio de la Eucaristía, que es para nosotros la prenda de la vida eterna y de la resurreccion gloriosa.

Dícese por los historiadores que el célebre suceso de los Corporales de Daroca contribuyó no poco al establecimiento de la festividad del Corpus, habiendo influido el ruido del milagro en el Papa Urbano IV para determinarle á ello, y no creemos fuera de proposito referir aquí ese suceso, narrado en todas las historias.

«Seis nobles aragoneses, con unos mil hombres de las comunidades de Calatayud, Teruel y Daroca, sitiaban aquel castillo, cuando viniendo sobre ellos todos los moros del pais, se hallaron sitiados en su campamento. Iban á comulgar los seis capitanes cuando los centinelas dieron la voz de alarma. No habiendo tiempo que perder, suspendióse la funcion religiosa, y el capellan (Mateo Martinez, cura párro de San Cristóbal de Daroca) envolvió en los corporales las Formas consagradas. Al volver los capitanes para comulgar, halláronse las Formas teñidas en sangre, cual si fueran de carne, milagro que enfervorizó de tal modo á todos los soldados, que, arrojándose sobre la morisma, la pusieron en completa derrota, apoderándose en seguida del castillo, y quemándolo por no tener fuerzas para conservarlo. (1240).» Así lo refiere entre otros el historiador D. Vicente Lafuente, añadiendo que las formas consagradas se conservan aun pegadas á los corporales, y solo se manifiestan al público en este dia en una preciosa custodia cerrada con sus portezuelas que regaló D. Jaime el Conquistador, habiéndose edificado luego en el sitio del milagro el célebre convento dominicano de Luchente.

Las primeras ciudades que celebraron esta fiesta con toda solemnidad fueron Toledo y Sevilla en 1280: Barcelona en 1319, y Valencia en 1335.

La procesion del Corpus fue al principio una alegoría de todos los misterios del cristianismo, celebrándose autos sacramentales y entremeses al aire libre en que rivalizaban los mas famosos poetas, hasta que se suprimieron en tiempo de Felipe IV. Los reyes asistieron á esta procesion, presidiéndola, y en tiempos de Felipe II se desplegó el mayor lujo y ostentacion.

En las provincias aun se recuerdan estas alegorías.

Toledo conserva la *Tarasca* y los *Gigantones*, aunque no salen en esta procesion desde que Felipe III lo prohibió para evitar irreverencias: Valencia tiene las *Rocas* ó carros triunfales: Barcelona sus comparsas: y en la mayor parte de las grandes poblaciones, quedan vestigios de aquella antigüedad, que, mezclando lo profano con lo religioso, se cuidaba menos de la verdad de lo que la fiesta del Corpus representaba, que de divertir al pueblo con espectáculos que hoy van desterrando el buen gusto y la civilizacion de estos tiempos.

El oficio que reza la Iglesia en este dia, incluso el *Pange Lingua*, es debido á Santo Tomás de Aquino.

S.

## CATORCE AÑOS.

(Á LUISA.)

Aun el mundo te oculta tus amaños,  
Los cándidos cendales de tu frente  
Aun no enlutan amargos desengaños;

Eres virgen y pura é inocente;  
Tienes, niña feliz, ¡catorce años!

Aun el alma en tus ojos reberbera;  
Aun asoma tu célica sonrisa,  
Entreabriendo tus labios placentera  
Como se abre la flor por vez primera  
Al beso enamorado de la brisa.

Aun con blando dulcísimo recreo  
Gozas tranquila regalada calma;  
Es tu vida un capricho, un devaneo;  
Borda tu mente virginal deseo,  
Y envuelta en blanco tul tienes el alma.

No turban tu mirada los enojos;  
Es tu aliento tu plácida alegría;  
Tus mejores delicias tus antojos:  
No copian el engaño, no hay falsía  
En los limpios cristales de tus ojos.

Hora celeste de misterios llena;  
Destello de la fúlgida mañana;  
Ola que nace de la mar serena,  
Y ansiosa de saltar busca la arena  
Vertiendo espuma en inquietud lozana.

Sol que despierta sin cendal de nubes;  
Cisne que canta en el desierto lago;  
Angel del mundo que al empero subes;  
Eco perdido, misterioso y vago  
De la ignota mansion de los querubes.

Blanca paloma para amar nacida;  
Flor que en el valle su perfume exhala:  
Tal es el mundo que tu pecho anida;  
Tal la existencia que feliz resbala  
Por los senos ocultos de tu vida.

Mas eres muy hermosa; en tí fulgura  
La imagen bella que en mi mente invoco;  
Eres del cielo delicada hechura,  
Y pronto, fascinado á tu hermosura,  
Te adulará el amor, sediento y loco.

Entonces borrarán claros fulgores  
De tu vida el crepúsculo sombrío;  
Del pudor los purísimos albores  
Sentirás en tu inquieto desvario....  
Y entregarás el alma á tus amores.

Esperanza cumplida, dicha cierta;  
Instante que se torna venerando,  
Bañando en luz la oscuridad desierta;  
Ese en que pura la mujer despierta,  
Mírase hermosa y se sorprende amando.

Cuando insomne su mente desvaría;  
Cuando sueña con mágico embeleso;  
Cuán es su amor tan solo fantasía,  
Y sus labios no saben todavía  
Mas que á su madre regalar un beso.

¿Por qué con los placeres amarguras  
Nos ofrece la mísera existencia?  
¿Por qué sembrando tristes desventuras  
Las flores ajarán auras impuras  
En el casto vergel de la inocencia?

Mas tú, preciada perla, niña hermosa,  
Aun te ostentas erguida y soberana,  
Pues que, cándida flor, temprana rosa,  
Solo te mece el aura cariñosa  
Del puro Mayo de tu edad lozana.

Aun el mundo te oculta sus amaños;  
Los cándidos cendales de tu frente  
Aun no enlutan amargos desengaños;  
Eres virgen y pura é inocente;  
Tienes, niña feliz, ¡catorce años!

R. SERRANO ALCAZAR.

## LA MALDICION DE LA NIÑA.

### CUENTOS MADRILEÑOS.

I.

La tarde del 16 de Julio de 1752 estaba hermosísima en Madrid. Las campanas del espacioso convento de la Merced, atronando los aires, anunciaban á los devotos habitantes de aquellos barrios que la solemne funcion que celebraban á Nuestra Señora del Carmen los religiosos de aquella santa casa, estaba próxima á terminarse. Estrechas y bastantemente sucias eran todas las calles que rodeaban el convento; pero habia tanta alegría, reinaba tanta animacion en ellas, que daba gozo contemplar los corrillos formados delante de las puertas de las casas, y cómo se bailaban *graciosas seguidillas* al compás de enormes pande-retas y de repicadoras castañuelas. La fiesta de una de las advocaciones de la Virgen, era todavía para los madrileños motivo bastante para regocijarse; y sin descuidar los deberes religiosos, á los que eran muy apegados, se entregaban con la mas viva efusion á los placeres del baile, gracioso y ligero casi como el de los tiempos primitivos.

A la puerta de una de las casas de la calle de *Cosme de Medicis*, casa de regular apariencia, sobre cuyo portal se leía, en caracteres grabados en la piedra, *Jesus, Maria, José. Se reedificó año de 1568*, habia uno de esos bailes que, sin diferenciarse de los demás, hubiera llamado particularmente la atencion de un curioso que de observador se preciase. Tres eran las parejas que le componian, jóvenes todas de frescos y joviales rostros y franca y encantadora modestia; pero como así eran todos los jóvenes del pueblo en aquellos dias, no eran estas circunstancias las que hacian interesante aquel cuadro. Lo que le daba un tinte de melancólica poesia, lo que realzaba su belleza, era una linda niña como de diez y seis años, de negros y rasgados ojos que á veces se le llenaban de lágrimas, sentada en el escalon de la puerta, que cantaba, acompañándose con una pandereta:

A la Virgen del Carmen  
contrita ruego,  
si tu palabra es falsa  
te mire muerto;  
Que los amores  
es justo que castiguen  
á los traidores.

Mientras cantaba, con su voz dulce, aunque ligeramente conmovida, miraba con recelosa, pero amantísima espresion, á un gallardo mozo de negras patillas, montera, ropilla de paño y medias de seda, que, parado con otros varios formando corro, la devoraba con sus ardientes miradas, aunque al parecer solo se ocupaba en contemplar á los bailadores.

—Mira, Juanillo, le dijo un anciano de frente ancha y despejada, vestido de la manera mas elegante que las leyes de aquel tiempo permitian á los artesanos; esta noche viene á tocar Cipriano el albañil, y quisiera no faltases, porque te aprecio mucho, y deseo tenerte en mi compañía; al fin mañana vas á torear, y... vamos, puede sucederte una desgracia.

—¿Verdad, padre, que es muy peligroso ese oficio? replicó la niña dejando la pandereta en el



suelo y terciando en la conversacion; yo mas quisiera que Juanillo fuese tundidor, como vuestra merced, que no torero; ¡tengo tanto miedo siempre que sale á la plaza! y luego dicen que ese oficio....

—Es bajo, ¿no es eso? Pues mira, Rosario, será lo que quieran las gentes, pero el mismo rey ha mandado hacer la plaza y la ha dado al santo hospital para que con sus rentas socorra á los pobres enfermos: con que ya ves si nosotros, que con nuestro trabajo contribuimos á obras tan caritativas, podemos ser mas nobles ni tener oficio en que mejor sirvamos á nuestros prógimos.

—Todos los oficios son buenos cuando se tiene el santo temor de Dios; con que buenas tardes, Juanillo, que te espero á la noche para hablar de un asunto que te interesa.

Y aquel honrado menestral entró en su casa, no sin dirigir antes una mirada de ternura á los dos jóvenes.

—Parece que estás triste, Rosario, dijo el torero pasando familiarmente su robusto brazo por el flexible y delicado talle de la niña. ¿No te alegra tenerme á tu lado? Pues á mí solo tu presencia de tal modo me enajena, que, si las tuviera, olvidaria mis desgracias embebido en la felicidad de mirarte.

—¿Zalamero! ¡No sé dónde aprendes esas palabras tan dulces! Ya sabes, ya, cuánto te quiero, y si hay para mí dicha mayor que estar constantemente á tu lado; pero vienes á verme tan pocas veces, excusas tanto el acompañarme cuando voy á paseo, que á mi pesar tengo miedo de que me hayas engañado, porque eso me haría morir de desesperacion y de vergüenza. Y Rosario empezó á derramar amarguísimo llanto, que su amante se apresuró á enjugar diciéndola con voz cariñosa:

—Vamos, tontuela, fía en mi cariño, que esta noche misma hablaré con el Sr. Tomás, y le diré que quiero casarme contigo al momento. ¿Estás contenta?

—Yo siempre lo estoy estándolo tú; pero ya ves el sentimiento que tendrían mis señores padres si descubriesen.... No permita Nuestra Señora de los Remedios tal cosa.

—No lo permitirá, que Dios sabe tu inocencia, y sabe tambien cuán leales son mis sentimientos.

—¿Dices la verdad? ¿No mientes, Juanillo? Pues ven, acompáñame á jurarme eso mismo delante de la Santa Virgen del Carmen, y te creeré, y me volverás á la vida.

Y diciendo estas palabras, la hermosa Rosario asió de la mano á su amante, y santiguándose al pasar por delante del santo Cristo que estaba en las tapias del convento, esquina á la calle de la Merced, en la misma de Cosme de Médicis, cruzó firme y resuelta por la calle del Burro, torció luego por la de Toledo, atravesó la Plaza Mayor, mercado en aquella época, lleno de cajones y puestos de verdura, y metiéndose en el Callejon del Infierno, se paró frente de una imagen de Nuestra Señora del Carmen, colocada casi al comedio de aquel estrecho y miserable callejon. Era esta imagen un cuadro de poco mas de una vara, colgado en la pared, pintado de azul un largo espacio que formaba como un dosel, pero de una manera bastante grosera y de mal gusto. Dos farolillos que pendían de lo alto despedían una mezquina claridad, velada aun por la del crepúsculo, y una especie de altar á la conclusion del cuadro contenía varios jarritos con flores, ofrendas de algunos devotos en el día de su festividad. Mas abajo, en groseros caracteres negros, se leía:

Por ocupado que vayas,  
salúdame con el ángel  
diciendome Ave María,  
que yo diré Dios te guarde.

Frente este retablo se pararon, pues, los dos amantes, y Rosario, mirando fijamente al torero, le dijo:

—Juan, júrame aquí solemnemente que es cierto tu cariño, que serás mi esposo. Te quiero tanto, que no es mucho dudar de todo. Una palabra tuya, y soy dichosa.

Juan la contempló un momento sonriendo; la apretó ligeramente contra su corazon, y la contestó con voz dulce y enamorada:

—¿Pero es posible, Rosario, que dudes de mi honradez? Yo te amo con toda mi alma, y si tu padre no me niega tu mano por ser torero....

—No sigas, Juan: señor padre no se opondrá á que yo sea feliz, y tu oficio, peligroso en verdad, ya sabes que le considera digno, si es ejercido con honradez.

—Pues bien, querida mia, entonces volvámonos y no dudes. El Albañil estará ya en tu casa tocando y cantando á la guitarra, y podrán echarte de menos.

—He venido aquí para oír de tus labios que te casarás conmigo, y no me voy sin que me hagas esa promesa formal, que esta Santa Virgen oirá desde los cielos.

—Pues bien, sí, te lo juro. Vamos, ¿estás contenta?

—La Virgen Santísima quiera que no sea vano tu juramento. Si lo fuese, permita en su justicia te mate el primer toro que salgas á lidiar á la plaza.

Un ligero estremecimiento pasó rápido por el torero. Rosario se enjugó una lágrima con el revés de su blanca y delicada mano, y ambos volvieron á tomar el camino de la calle de Cosme de Médicis, cuando ya las sombras envolvían en densa oscuridad á los habitantes de la corte de las Españas.

## II.

Una funcion de cualquier género que fuese, excitaba el regocijo del pueblo madrileño en su mas alto grado; pero una funcion de toros, y en la plaza nueva, debida tres años antes á la real munificencia del rey Fernando el VI, era cosa que rayaba en delicioso júbilo, y que hacia pensar en ella desde que los primeros albores de la mañana venían anunciando el nuevo día. Desde muy temprano, los que habian de ir á los toros, y los que no habian de presenciar la fiesta, estaban engalanados con sus mejores ropas, deseosos de despachar la misa para no volver á ocuparse de otra cosa que de toros y toreros. De una casita de planta baja y miserable de la calle de las Negras, salían la mañana del día 17 de Julio de 1752, en que se verificaba una gran corrida de toros, dos mujeres, anciana la una, y joven y estremadamente linda la otra: tres hombres de edad bastante avanzada, y Juanillo el torero, cuyo rostro estaba pálido y sus brillantes y rasgados ojos manifestaban una tristeza, ó mejor dicho, una turbacion extraordinaria.

La joven, vestida con toda la modestia de aquel tiempo, seducía no obstante por su limpieza y la gracia con que sabia llevar su basquiña de reducido vuelo, y su jubon guarnecido con trencillas de pasamanería en las costuras, pero encantaba mas que todo, por la inmensa felicidad en que rebotaba su semblante y la alegría de sus grandes ojos azules. Desde que Juanillo el torero apareció en el umbral de la puerta, la niña se puso á su lado, y así fueron marchando silenciosamente hasta la parroquia de San Millan, alegre y tranquila la joven, y sombrío y meditabundo el torero. Al penetrar aquel grupo en la Iglesia, la anciana con las lágrimas en los ojos, dijo á los jóvenes: Juanillo, y tú Mercedes, ya se os cumple por fin vuestro deseo. ¡Que Dios os haga bien casados, hijos míos!

—Y Dios haga que esta tarde, que será la últi-

ma que este salga á lidiar toros, replicó la niña, no tengamos que llorar una desgracia!

Juanillo se estremeció; dirigió una mirada de indefinible angustia á Mercedes y penetró en el templo.

## III.

La plaza de toros actual no era en los tiempos á que se refiere este cuento, precisamente lo que es hoy, aunque la diferencia no era muy considerable. Los tendidos formados de madera y los palcos sin los toldillos que hoy los embellecen, formaba no obstante un conjunto agradable, cuando se veía como en la tarde en que pasaban los sucesos que vamos narrando, casi llena de pueblo que voceaba impaciente porque comenzase la lidia. Por fin los timbales se oyeron, y despues de las formalidades de costumbre en aquellos tiempos, apareció la cuadrilla, ni mas ni menos que como sale ahora en las funciones de novillos; es decir, sin orden ni concierto, cada cual, saltando á la plaza, cómo y cuándo quiere. Volvió á sonar el timbal y salió un toro negro, grande, de gran voluntad y bravura, nacido en los fértiles pastos de las riberas del Pisuega. Los piqueros montados en trotones de casi tan mala estampa como los que salen en nuestras corridas, pusieron sendos puyazos; y por último Juanillo, con el capote en una mano y armado en la otra con un harpon pequeño, á semejanza de una banderilla, salió altivo y arrogante llamando al toro, que se revolvió con furia al sentir el cite del torero. Fue este con marcial continente hacia la fiera, y agitando la capa con la mano izquierda, esperó firme y resuelto la acometida del toro para clavarle el harpon y arrojarle la capa á los ojos, que era tal y como se ejecutaba la suerte por entonces; pero arrancando el toro con demasiada codicia, no dió tiempo al lidiador para salirse de la suerte, cogiéndole con el piton izquierdo, que le introdujo por el costado derecho, destrozándole el corazon. Un grito de horror resonó en la plaza, y cuando el torero, aun palpitante, fue retirado de la plaza, no pronunció mas que estas palabras,—¡Virgen del Carmen! ¡Rosario! ¡Perdon!

La fiesta continuó despues de este suceso y los toros murieron, ó sujetos por los alanos, ó desgarrados por uno de los chulos. No habia alcanzado mas perfeccion el arte tauromáquico.

F. G. MANRIQUE.

## EL CIPRÉS.

Nacido entre sombras, sin flor, sin encanto,  
Su triste espesura, su negro verdor,  
Parece que llama las almas al llanto,  
Parece decirles con hondo quebranto:

Amad el dolor.

Vereis cual su tallo gigante se mece  
Al aire calmoso del sitio de paz;  
Mas no podreis nunca saber si humedece  
Sus fúnebres ramas el llanto que ofrece  
Al alma solaz.

Jamás se ha sabido si en tales lugares  
Gemidos le arranca su suerte cruel;  
Jamás se ha sabido, si son sus pesares  
Arroyos tranquilos, ó turbidos mares  
De gotas de hiel.

Meciendo sus ramas sin flor, sin encanto,  
Su triste espesura, su negro verdor,  
Parece que llama las almas al llanto,  
Parece decirles con hondo quebranto:

Amad el dolor.

MELCHOR DE PALAU.





Bombardeo de Valparaíso.



BOMBARDEO  
DE VALPARAISO.

El 31 de Marzo se verificó el bombardeo de Valparaíso por la escuadra española, que se componía de los buques siguientes:

«Villa de Madrid,» de 50.

«Blanca,» de 40.

«Resolucion,» de 40.

Corbeta «Beren-guela,» de 32.

«Vencedor,» de 2, y varios otros de menor importancia.

La «Numancia,» que montaba el jefe de la escuadra señor Mendez Nuñez, tiró dos cañonazos que era la señal convenida, á las ocho y 10 minutos de la mañana, y á cosa de las nueve rompió el fuego la «Blanca» contra los almacenes de la aduana, siguiéndole la «Villa de Madrid» y otros buques. Tres horas despues, el fuego se habia declarado en diferentes puntos de la poblacion, y la «Numancia» hizo la señal de suspender el bombardeo.

Las pérdidas de los chilenos se calcula en 20 millones de duros. El honor de nuestro pabellon ha quedado limpio en aquel pais que tantas injurias nos ha inferido.



TIPO ANDALUZ.

## DEL RENACIMIENTO LITERARIO.

(Continuacion.)

## ARTÍCULO VIII.

El renacimiento literario de España puede decirse que tuvo principio en el reinado de don Juan II de Castilla. La proteccion que tanto aquel monarca, como su privado D. Alvaro de Luna, dispensaron á los literatos, y mas principalmente á los poetas, con quienes vivian familiarmente, prodigándoles las mercedes á manos llenas, y versificando como ellos, hizo que, á pesar de lo azaroso de aquella época, se despertase de su antiguo reposo la Musa Castellana, y favoreciese con su

inspiracion á muchos literatos. Distinguiéronse particularmente D. Enrique de Aragon, marqués de Villena, y gran maestro de la orden militar de Calatrava, á quien por su aficion á las ciencias naturales y á la astronomía tuvieron por mágico, de tal manera, que hablaban con horror de su persona y escritos, aun mucho tiempo despues de su muerte. D. Íñigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, no menos distinguido como filósofo y poeta, que por sus talentos políticos y militares y el insigne Cordobés Juan de Mena.

El primero tradujo al castellano la *Eneida* de Virgilio, cuya traduccion fue la primera que se ha hecho en lenguas vulgares, y de su proemio y glosas posee un precioso códice la santa iglesia pri-

de Cidá Rodrigo: ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos haciendo á otros insipientes é magos, é peor es que se fazan beatos haciendo á otros nigromantes.»

Acerca del marqués de Santillana, puede verse su vida y las ilustraciones que ha escrito el sabio académico de la historia D. José Amador de los Rios, para la edicion que no hace mucho tiempo publicó de las obras de aquel ingénio esclarecido. Diremos, sin embargo, que en pocas personas llega á verse una reunion tan rara de nobleza, virtud, talento y sabiduría como en aquel ilustre magnate, y por tales prendas logró tan subido crédito, que se dice iban muchos extranjeros á Castilla, solo por conocerle. La mas notable de sus obras, despues de las poesías, es la disertacion

mada de Toledo. Escribió un arte de la *Gaya ciencia*, que es la mas antigua de las poéticas españolas, y trató de introducir en Castilla, como ya lo estaban en Cataluña, los juegos florales, á imitacion de los que empezaron á celebrarse en Tolosa de Francia por los años de 1323; pero murió sin llegar á conseguirlo en Madrid el año de 1434. Sus obras fueron perdidas para la posteridad por la ignorancia de un prelado contemporáneo suyo, á ser cierto lo que cuenta el Bachiller Fernan Gomez de Cibdareal, en la carta que escribió á Juan de Mena, noticiándole la muerte de D. Enrique, y en la cual despues de referir este suceso, dice: «Dos carretadas son cargadas de los libros que dejó, que al rey le han traído: é porque diz que son mágicos é de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de F. Lope de Barrientos fuesen llevados; é F. Lope, que mas se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, que no los vió él mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el Dean



crítica é histórica en forma de carta, á que intituló: *Proemio al Condestable de Portugal*, que es un compendio de la historia primitiva de nuestra poesía, lleno de eruditas y curiosas noticias.

Juan de Mena, nacido en Córdoba el año de 1412, hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, de donde pasó á Roma para perfeccionar sus conocimientos en la literatura antigua. Vuelto á su patria, obtuvo el favor del marqués de Santillana, quien lo introdujo en la corte de don Juan II, que le nombró su cronista, y al cual permaneció constantemente adicto, tanto en la adversa como en la próspera fortuna; habiendo fallecido de cuarenta y cinco años de edad, el de 1456, en la villa de Torrelaguna. Sin reunir cualidades tan brillantes como el de Santillana, ocupa Mena un lugar mas elevado que él como poeta. Débelo á su *Laberinto*, llamado tambien *las trescientas*, por el número de estancias de que consta, poema alegórico, histórico y didáctico, en versos de arte mayor, que escribió á imitación de la *Divina comedia* de Dante Mighieri, y que si bien inferior á su modelo, contiene trozos verdaderamente bellos y llenos de energía, como el lugar que describe la muerte del conde de Niebla, al querer rescatar á Gibraltar de los moros.

En segundo término, y como constelaciones de esos tres brillantes astros literarios, lucian en aquella corte sus talentos otros ingénios, especialmente poetas, cuyas composiciones recopiló uno de ellos, el judío converso, Juan Alfonso de Baena, secretario del rey. Entre ellos son dignos de especial mencion, Fernan Perez de Guzman, señor de Batres, autor de las *Generaciones é Semblanzas*, que unió con igual gloria al estudio de las ciencias el ejercicio de las armas; el desventurado Macías el enamorado, escudero del marqués de Villena; Anton de Montoro, paisano y amigo de Juan de Mena; el tierno poeta Jorge Manrique, arrebatado á la vida en sus mas floridos años por las contiendas civiles; su tio, Gomez Manrique, comendador de Santiago; Fernan Gomez de Ciudad Real, médico del rey, autor de un apreciable *Epistolario*, cuya autenticidad se ha puesto en duda en estos últimos tiempos; Pedro Tafur, veinticuatro de Córdoba; Alonso Alvarez de Villasandino, y por último, el converso Pablo de Cartagena y sus tres hijos Alvaro, Gonzalo Garcia y Alfonso de Santa Maria, que fue obispo de Burgos como su padre: todo, escritores, y el último poeta y teólogo, de quien dice Fernando del Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*: «que fue gran letrado en derecho canónico é civil..... Formó de lengua latina en metro vulgar ciertas obras de Séneca, que el rey don Juan le mandó reducir..... Hubo una gran disputa con un filósofo é orador grande de Italia, que se llamó Leonardo de Arecio, sobre la nueva traslación que fizo de las *Éticas* de Aristóteles, en la cual disputa se contienen muchos é muy doctrinales preceptos. Fizo asimismo algunos tratados de filosofía moral é de teología, provechosos á la vida.»

Pero el brillo pasajero que tuvieron las letras en el reinado de D. Juan II, se estinguió en el de su hijo y sucesor el impotente D. Enrique IV. Las musas huyeron atemorizadas por el estruendo de las discordias civiles, abandonando á aquellos turbulentos magnates y prelados que se placian mas en los ejercicios de los campamentos y en las intrigas vergonzosas del palacio, que en los tranquilos solaces de la Gaya ciencia. Permanecieron mudos los escritores castellanos, hasta que asentada en el trono la inclita Isabel la Católica, tornó á reinar la calma en el estado, viendo enaltecida á la justicia en el sòlio.

Reunidas bajo una misma mano las coronas de

de Aragon y Castilla, por el feliz consorcio de tan ilustre soberana con Fernando V de Aragon, el primer político de su siglo; robustecido el poder real con la union de ambos Estados, pudieron los monarcas poner coto á la ambicion y demasías de los grandes, hacer desistir de sus pretensiones á el trono á la Beltraneja, y respetados y queridos de sus pueblos, llevar á cabo el grande y patriótico pensamiento de lanzar de la península Ibérica á los muzlimes. Elevaron, en fin, á tan alto grado de esplendor la nacion española, que como sino fuera suficiente campo para su valor el orbe antiguo vino el génio de Cristóbal Colon á abrirles un nuevo mundo, hasta entonces desconocido, donde se implantara la civilizacion Castellana.

C. R. DE ARELLANO.

## UNA PARTIDA GITANA.

### CUENTO.

Robó un gitano un jumento:  
Mas al fin lo averiguaron,  
Y en la cárcel lo encerraron  
Conminándolo al momento.

Llega el juez, y preguntó:  
—¿Cómo te llamas?—¿Yo? Curro.  
—Y dime: ¿has robado un burro?  
—Por estas, on juez que no.  
—¿Y aun niegas desvergonzado  
Un hecho tan claro y vil,  
Cuando la guardia civil  
Te halló en el burro montado?  
—Usía no se desmande  
Si yo platico y discurro:  
Sí señó, yo iba en er burro;  
pero eso es, señó, lo grande.

Er que iba robao era yo,  
Y sumersé lo repare:  
¡Probecito! Dios ampare  
Al probe que me libró.  
—¿Tú ibas robado?—Eso sí.  
Yo, señó, que de eso vivo,  
Estaba en lo arto un olivo  
Pescando primos allí.

Quando er burro, sepa osté  
Que debajo é mi corria:  
yo me escurri..... y sepa usía  
que me caí ensima dé.

Entonses el arrastrao,  
Aunque yo pegaba voses,  
Laigaba pingos y coses,  
Y me llevaba achantao.

Yo subió en sus cuadriles,  
Iba lo mismo que un sapo,  
Y ya iba á sortar el trapo  
Quando diqué á los siviles.

—Pudo bajarse.—El guason,  
On juez, del animalito  
Jué, y me pilló er remardito  
Un bocao del corbejon.

Con que osté en su guen juicio,  
Y siendo en toito tan ducho,  
Es menesté me dé el rucho  
En cambio del prejuicio.

A. ALCALDE VALLADARES.

## LAS JOYAS DE LA MUJER.

Una de las cosas que mas me llaman la atencion en esta sociedad de anomalías y contrasentidos, en que todo anda al revés y nadie quiere conocer su

situacion ni aprender su papel, es lo que se refiere á la mujer y su educacion. Veo muchas jóvenes á quienes solo se ha enseñado lo que mas les perjudica y se ha ocultado precisamente lo mas útil y lo que primero debian saber. Siendo la mujer encanto y consuelo del hombre, parte de su felicidad propia y aun la de los hombres estriba en los medios que debe emplear para cumplir esta parte de su mision; por consiguiente, estos medios debian meditarse con el mayor esmero y pensarse detenida y escrupulosamente, porque es grande su trascendencia. Aplicando esta reflexion á la mujer, que solo piensa vanamente en agrandar y cautivar al hombre, ¿cuenta siempre al pasar revista de sus armas con las mas seguras y eficaces? ¿Ha calculado y dispuesto los mejores medios de ataque? ¿Ha estudiado bien cuando se presenta en el campo de sus conquistas los verdaderos y poderosos elementos de verdadero encanto que posee? Así parece que debia ser, y ella al menos así lo cree; pero no es exacto. Atendiendo únicamente á lo exterior y superficial, pudiéramos decir que hace los disparos con pólvora sola, y el efecto tiene que ser efímero é insignificante: luego ignora el modo de herir profundamente y con acierto: sus redes son muy débiles, y es muy corto, cada vez mas corto el número de los incautos que pueden quedar prendidos de ellas: quiere, en fin, deslumbrar con el brillo de falsa pedrería: los hombres van siendo cada dia mas inteligentes en discernir el diamante del vidrio, el oropel del oro.

Dejemos á un lado el capítulo del lujo y de la profusion de trajes, porque demasiado salta á la vista su inconveniencia para el objeto de la carrera de la mujer, y cuándo ha de ahuyentar á los hombres, no habiendo fortuna que alcance á sostener tamaña plaga: fijémonos solo en ciertas condiciones y cualidades morales que son de la mayor importancia y se hallan dolorosamente trasvertidas. Las licencias que nuestra culta y ancha civilizacion ha introducido en el trato mútuo de los jóvenes de uno y otro sexo en el seno de lo que llamamos buena sociedad ó mundo elegante y la educacion un tanto varonil que recibe hoy la mujer ha relajado y debilitado lo que nunca debió relajarse ni debilitarse, por ser de esencia invariable, siempre necesario é independiente de los tiempos, de las modas y de las formas; ha hecho que nuestras jóvenes vayan perdiendo poco á poco aquellos atractivos que mas realzan la belleza y que valen por todas las bellezas juntas, la modestia y la dignidad; estos dos atractivos, estas dos piedras preciosas se han descuidado por desgracia, desvirtuándose con ello un inmenso caudal de poesía á mas de trastornarse las leyes naturales por las que Dios quiso que la mujer se adornase con estas preciosas flores y brillase con estas incomparables joyas.

Todo lo contrario, en efecto, choca y repugna en la mujer y la quita muchos grados de nobleza. Nada mas impropio de una jóven que en algo se estime que esa libertad é intimidad de palabras, miradas y modales que están hoy tan admitidas sin mas razon que otras muchas cosas que están muy admitidas, debiendo estar muy desechadas; ó, si se quiere porque los principios de la buena educacion se hallan invertidos, y seria preciso formar de ellos un código nuevo. Se nos dirá que queremos reproducir los tiempos de nuestras visabuelas en que era preciso que las jóvenes estuviesen con los ojos bajos en visitas y sin hablar no siendo preguntadas, y otras cosas á este tenor, que pretendemos hacer mogigatas y ridículas: nada de esto ciertamente, estamos muy lejos de semejante extremo, y creemos que todo puede conciliarse; pero de aquello á esto hay una grandísima distancia.



Lo que sabemos es, que la felicidad en las mujeres es lo que mas disgusta y resfria á los hombres enamorados, porque el interés se acrecienta ante los obstáculos y ante el sosten de la dignidad, y de ellos vemos ejemplos todos los dias.

Un galanteador de oficio, despues de haber dedicado sucesivamente sus fútiles obsequios á varias en que ha encontrado la conquista fácil y el acceso íntimo y frecuente, tropieza por casualidad con uno de esos bellos tipos en que sobresale la modestia y la dignidad y respetuosa altivez: observad el cambio que en él se opera; sus amigos le desconocen y él mismo confiesa á sus amigos lo que siente; entonces por primera vez percibe las dulces emociones del verdadero amor conociendo lo necio y vano de sus pasadas galanterías, y el objeto que le atrae tiene tal simpatía y le arrastra tan fuertemente que llega á identificarse con él y á hacer su felicidad: es que antes le hablaban á los sentidos y al exterior y ahora le han hablado al alma y de un modo avasallador y dulcísimo. El aroma que exhala la violeta aunque desde un lugar humilde y sin hacerse visible, nos recrea y embelena mas que la dalia con su esbelto talle y sus brillantes colores, el aroma de candor y modestia de una jóven que se revela en su mirada, en su actitud y ademanes, en sus maneras todas, nos la hacen mas interesante que la hermosura de otras cuyos ojos se atreven á sostenerse libre y familiarmente con los de los hombres, y es que esto último repugna y desentona y aquello ejerce sobre nosotros una influencia mágica irresistible; en lo segundo hay desencanto y fastidio, en lo primero, verdadero placer é interés profundo.

Desconoce la mujer el origen y excelencia de su nobleza cuando rehusa á su dignidad, una de las mas preciadas joyas que ornán su cabeza, aquella facultad por la cual subyuga y domina en cierto modo al hombre, la que constituye su fuerza, su cetro de reina, su todo. Entre una jóven que por su familiaridad en el trato con los hombres ocupa alguno de los varios grados de la coquetería, y otra en el pleno dominio de su dignidad, media un abismo; esta última no ha renunciado á ninguna de las distinciones de su ascendiente, y está segura de un triunfo positivo en el momento que quiera: aquella ha dejado escapar su principal fuerza, y se ha colocado en un plano descendente donde irá siempre perdiendo sin recoger otra cosa que desprecios: y todo ¿por qué? porque no comprendió desde un principio su valor y dió de mano á la noble altivez que debió servirla constantemente de norma en sus relaciones con los hombres.

Si de una vez se convencieran las jóvenes de esas verdades, antes de presentarse en los salones y en los paseos, al adornarse en el fondo de sus gabinetes, cuidarían mas que de las perlas y los brillantes, de aquellas joyas del alma que valen infinitamente mas, y tal vez harían mas sencillo su tocado y menos recargado de flores, pensando que un conjunto de sencillez, dulzura, dignidad y modestia que arraigue en el interior del alma, y se manifiestan en el exterior, son el mejor ramillete de una mujer, y el mas rico esmalte de la hermosura.

RAFAEL CANO.

## REVISTA LÍRICA.

### GIUDITTA.

Hace ya muchos años que el hermoso sol de Italia no vivifica el génio del arte músico. En aquella privilegiada tierra, todo parece pálido ante

la idea de la independencia nacional. El espiritualismo del arte ha cedido su puesto al materialismo de la guerra; el fuego del ara ya no arde al pie de los altares de la divina Euterpe, y en su lugar osténtanse lúgubres instrumentos consagrados en ofrenda del pavoroso Marte. Existe todavía el entusiasmo, pero no para impulsar al arte que crea, sino para alimentar la guerra que destruye. Italia, la hermosa Italia, abriendo un paréntesis para encerrar sus bellezas artísticas interin crea su grandeza nacional, ha roto la acordada lira de Apolo, y el númen que inspiró á los hijos de la patria de Cimarrosa y de Palestrina, apenas deja escapar de su inagotable inspiracion algun acento guerrero para cantar las glorias de los héroes ó santificar el génio del Dios de las batallas. Hijo de ese númen escelso es á no dudar el impetuoso Verdi, que abrazado con fe y entusiasmo á la gloriosa bandera de la escuela italiana, pudo conseguir, si no conservarla con la pureza de los buenos tiempos, preparar el espíritu agitador que mas tarde debia producir una revolucion nacional. Puede decirse que así como Cavour ilustró la inteligencia política de los italianos, Verdi les comunicó el entusiasmo; el gran político formó el cuerpo de la nueva nacionalidad italiana; pero el gran músico, creó su alma. Conquista del arte ha sido esta de la que en verdad pueden enorgullecerse los apasionados á la música, toda vez que ella no es en sus resultados cosa tan trivial como pretenden sus detractores. Verdi tendrá siempre bajo un punto de vista especial un nombre imperecedero, pero á pesar de ello la escuela italiana ha muerto para no resucitar hasta despues de muchos años. La dulce melancolía de Bellini y la delicada ternura de Donizetti fueron como los últimos acentos de esa escuela, cuyo epitafio ha tratado sin duda de escribir el inmortal Rossini componiendo un *Requiem*, que lo mismo podrá servir para celebrar sus funerales, como para solemnizar el entierro de la incomparable escuela italiana.

Así al menos parece indicarlo la escasez, por no decir nulidad, de las obras que se presentan en la escena lírico-dramática. Desde que Verdi, durmiéndose sobre los laureles de *Un ballo in maschera* y su no tanto afortunada *Forza del destino*, ha hecho callar su poderoso estro, nada se ha presentado que sea digno de llamar la atención del mundo filarmónico. Consecuencia de ello ha sido que en todos los teatros se haya tenido que apelar á la música sábia, la cual si bien consigue la admiración de los *virtuosi*, no logra alcanzar el entusiasmo del público indolente que busca en la música los misteriosos arcanos que le comunican la belleza de su poesía.

Con tales precedentes, fácil es concebir la ansiedad de los inteligentes al ver anunciada una obra nueva, acontecimiento que en Valencia ha sido tanto mas notable, cuanto ha venido acompañado de otro que hasta cierto punto lo ha absorbido. El debut de los esposos Aldighieri y el extremo de la *Giuditta* eran dos cosas demasiado grandes para que no se eclipsaran la una á la otra por mas que ambas parece que debieran unificarse por su perfecta relacion. Así ha sucedido en efecto. En concepto del público, los artistas han vencido á la obra y de aquí se ha llegado hasta la exageracion de negar todo mérito á la partitura, pero la crítica no debe abdicar sus fueros, y forzoso le es á veces ponerse frente á frente del fallo del público.

Nosotros, que no tuvimos una palabra de elogio para el novel maestro Peri cuando se representó en el teatro Principal *El Azcon Vizconti*, no podemos dejar de tributárselos muy sinceros por su *Giuditta*. Una de las dificultades mas relevantes que se presentan en toda composicion dramático-

musical, es la de darle carácter. La nueva obra de Peri, sean cuales fueran los defectos de algunos de sus detalles, tiene su fisonomía especial, hallándose, si no completamente identificada con todas las situaciones del drama, filosóficamente inspirada en el sentimiento poético del asunto. Podría decirse que Peri no ha amplificado en conciencia, pero ha sintetizado con notable acierto. Y no se diga que la ópera ha gustado por el esmero con que ha sido ejecutada, pues ni es posible que el talento del cantante varie absolutamente la esencia de una composicion musical, ni tampoco los maestros trazan los cortes de su música para que sean interpretados de cualquier modo. Pueden los artistas dar mas ó menos realce á una obra musical, pero si en ella no ha puesto el maestro nada que pueda utilizar el cantante, inútil es que este posea cualidades superiores en el orden físico y moral. En nuestro concepto, la *Giuditta* no es una obra de primer orden, pero revela en su autor aptitud para añadir su nombre con el tiempo á esa brillante pléyada de maestro compositores, honra y prez de la culta escuela italiana.

Principia la ópera con un coro de introduccion, en el que se distingue la instrumentacion por sus melódicos motivos, que preparan con naturalidad la salida del tenor, el cual canta una cavatina de gran bravura. Sigue luego el recitativo del sumo sacerdote, que es magestuoso, pero no de formas tan severas cual requiere el carácter de este misterioso personaje. Pero lo que tiene un mérito superior y sin duda ha pasado desapercibido para el público, es el magnífico *crescendo* que prepara la salida de *Giuditta*, la cual ejecuta un *racconto* siempre aumentando el interés del acento dramático hasta llegar á la frase culminante, *é l'acqua, é l'acqua*. Aunque con algunas reminiscencias que recuerdan la cavatina de contralto de *Saffo*, la romanza de Abramia es muy bella, y fue cantada con notable perfeccion por la Sra. Torricelli, á quien el público no ha podido menos de aplaudir con calor. Continúa luego un precioso duo de tiple, en el cual hay una magnífica frase en unísono, digna de los filósofos compositores alemanes y que hace interrumpir al público en entusiastas bravos. Termina este acto con un duo de tenor y tiple, cuyo espresivo andante es muy bello y cuya cavalleta es de muy buen efecto. La larga duracion de este acto es causa sin duda de que el público no le reciba con todo el agrado que se merece y que dispensa á los siguientes.

El segundo acto principia con un coro que preludia la salida del barítono. El recitativo del ária de este es precioso y mas notable todavía el adagio por su melodía é instrumentacion. La cavalleta no corresponde á la magnificencia de este *pezo*. Pero lo mas culminante de la ópera es sin duda alguna el duo entre el barítono y la tiple (Holofernes y *Giuditta*) en que el salvaje amor de este bárbaro sirve de medio para que la heroína pueda llevar á feliz término su resolucion. Es indescriptible el efecto de esta magnífica escena musical, y terrible el acento de vengadora satisfaccion con que el autor ha escrito la frase *morrá.... morrá*. El acto termina con un concertante de bellas formas, pero no de una estructura acabada, siendo asaz trivial la cavalleta, aunque de algun efecto.

Principia el tercer acto con una romanza de tenor que nada ofrece de particular. El duo que sigue entre el tenor y la tiple es notable, particularmente la frase *Prima che il sol tramonti*. El brindis del barítono es de un corte delicadísimo y original. La romanza de la tiple es de poco efecto, y el final del acto indigno completamente de la obra.

Reseñadas con brevedad las principales piezas, vamos á ocuparnos en la ejecucion.



Fácil sería nuestra tarea en este punto si sintetizando la opinion del público tuviéramos que condensar la nuestra en breves palabras. Con decir que ha sido perfecta, diríamos no solo la verdad, sino que interpretáramos fielmente el parecer del público, que en estas cuestiones suele ser un juez tan justo como inexorable.

¿Pero qué podremos decir tampoco que sea siquiera pálido reflejo de lo que valen los dos primeros artistas que han tomado parte en la ejecución, y que por ser nuevos para el público valenciano merecen que les dediquemos algunas líneas?

Aquellos á quienes Dios ha dotado con un mérito especial se hallan fuera del dominio de la crítica. En un arte cuyo principal elemento es el sacro fuego del alma, no existe un criterio exacto que pueda determinar el verdadero valor del artista que lo cultiva. Hay artistas que hasta en sus defectos son admirables. Decir, por ejemplo, que la voz de la Spezzia, sin hallarse todavía en su último periodo de decadencia, no participa de toda la brillantéz de sus buenos años, ¿podría acaso rebajar ni un ápice su relevante mérito? Si á veces sus notas agudas no vibran con la esbeltéz de las centrales, y sus puntos bajos se hallan algun tanto empeñados, ¿por eso dejaría de figurar con justicia entre las primeras notabilidades de la época? Un estilo correcto, una vocalización pura bastan á veces para ocultar la carencia de facultades naturales; pero cuando además de esto se posee en tan alto grado como la Spezzia el acento dramático y el talento creador, entonces se olvida por completo lo mecánico para atender á lo ideal, que es lo sublime del arte. La Spezzia se encuentra en este caso: si mañana se paralizasen los mejores resortes de su organismo vocal, le bastaría su talento para ser una cantatriz eminente. Su génio, su inspiración, su maestría la colocan en primer línea entre las primeras artistas del mundo; y con tales condiciones nada tiene de particular que en una parte como la *Giuditta*, en la que se requieren mas dotes de grande actriz que cantante, se haya sostenido á la altura de su envidiable reputación. Imposible es describir los minuciosos detalles que ha ejecutado en la ópera de que nos ocupamos, pues es preciso verla para comprender de cuánto es capaz la artista á quien en Italia se la conceptúa como digna sucesora de la Malibran y de la Pasta. El público, en las tres representaciones de *Giuditta* la ha colmado de aplausos, haciéndola salir repetidas veces á la escena.

De Gottardo Aldighieri, na-la diremos á los que han tenido el placer de oírle. A los que no hayan tenido esta fortuna solo podemos decirles que se formen una idea de cuanto pueda reunir un cantante para que dentro de la naturaleza humana merezca con justicia el calificativo de un *artista perfecto*, y ahí tienen al afortunado á quien en la flor de su juventud se le llama en Italia *el rey de los barítonos*. Aldighieri ha hecho un alboroto entre los *diletanti* valencianos, y han de trascurrir muchos años para que se borre de la memoria su grato recuerdo, si es que se borra nunca. Renunciamos por lo tanto á describir el éxito que ha obtenido en la representación de *Giuditta*, porque hay ocasiones en que el silencio es mas elocuente que la palabra.

Digno de los afortunados cónyuges, base del actual cuarteto, ha sido nuestro antiguo conocido el tenor Oliva Pavani. Su acierto en la ejecución de esta obra ha confirmado la buena reputación que ha sabido conquistarse durante los tres años que ha permanecido entre nosotros, precedente el mas favorable que puede exhibir un artista, especialmente en teatros de provincias donde el público es

voluble y aspira constantemente á la variedad de los cantantes.

También el bajo Maini ha representado su parte de sumo sacerdote con notable inteligencia, sobresaliendo la Sra. Torricelli en el papel de Abramia que mereció los favores del público como indicamos en su lugar.

La ópera en las masas corales é instrumentales ha sido concertada con el buen criterio que distingue al maestro director D. Leandro Ruiz.

La escena se ha servido sin escatimar gasto alguno, sobresaliendo los ricos trajes de las partes principales.

X.

## CORRIDA DE TORETES

### Á BENEFICIO DE LOS POBRES.

El lunes 28 de los corrientes tuvo lugar otra de las corridas de toretes dispuesta por varios jóvenes de las principales familias de Valencia.

El felicísimo pensamiento de ser para beneficio de los pobres, atrajo una concurrencia numerosísima, prueba evidente de lo arraigado que está en el corazón valenciano el noble sentimiento de caridad.

La plaza presentaba un aspecto encantador; todas las principales familias se reunieron en el circo, luciendo las señoras elegantísimos trajes que hacían resaltar mas y mas la proverbial hermosura de las hijas del Cid.

La presidencia estaba ocupada por la señora de Barranco y las señoritas doña Blanca Makenna, sobrina de nuestro distinguido capitán general y doña Pilar Mazarredo.

La corrida empezó á las cuatro de la tarde, presentándose la lucida cuadrilla, compuesta de los espadas Francisco Galvez, Rafael Mergelina, y sobresaliente Joaquin Abargues.

Banderilleros.—Rafael Diez, José Colmenares, Manuel Rico, Alejo Taranco, José Belmont, Manuel Ariño, José Parraga, Guillermo Hugues, Mariano Feo.

Puntillero.—Honorato Marco.

Picadores.—Leopoldo Saavedra, Pedro Hugues, Adolfo Gomez, Juan Herdt.

Mayoral y zagales de mulas.—Leopoldo Bejar, José Claros, Carlos Guerrero, Ramon Rodriguez, Alonso Quintana.

Aguacil encargado de recoger la llave.—Luis Makenna.

Torileros.—Dioleciano Serna, Francisco Laborde.

Encargado de banderillas y espadas.—Alberto Lozano.

Después de hacer el saludo de ordenanza, se mostraron valientes y decididos á la presencia de los bichos que, en honor de la verdad, nos parecieron de demasiada pujanza para unos aficionados.

Luis Makenna, elegantemente vestido, á *l'ecuyere*, salió á recoger la llave, montando en un hermoso corcel negro, que manejó con admirable destreza; cerca ya de la salida se le rompió un estribo, lo cual le hizo balancear; pero herido su amor propio de ginete, mostró al público el caído estribo, y volviéndose á colocar sin él, dió de nuevo la vuelta al circo, llevando por lo alto el caballo con notable seguridad.

En toda la lid se les vió con el mayor aplomo ejecutar las difíciles suertes del toreo, y especialmente el segundo espada Sr. Mergelina remató

á sus bichos con notable seguridad, recibiendo nutridísimos aplausos repetidas veces.

Sentimos no disponer de mas espacio para detallar todas y cada una de las suertes; pero basta decir que aparte de algunos ligeros lunares, propios, no de aficionados, sino de la clase de ganado que se corria, huido la mayor parte de las veces, y por lo tanto, imposible de conducir á la muerte, estuvieron todos acertados, mereciendo particular mención los picadores por su destreza en las varas, tanto mas difíciles de poner, cuanto los toretes rara era la vez que se ponían en suerte.

Mucho tienen que agradecer los pobres este proceder digno de todo elogio, pues teniendo por norte sus caritativas miras, no han reparado en la esposición continua en que se han colocado los jóvenes que tomaron parte en la corrida.

Desde nuestra redacción les mandamos la mas cumplida enhorabuena por haber llevado á cima un proyecto que redundaba en beneficio de la clase menesterosa, hoy mas necesitada que nunca, demostrando por este medio uno de los sentimientos mas grandes: *la caridad*.

G. FLORES.

## JUSTA RECOMPENSA

En los juegos florales celebrados en Córdoba el día 19 del actual, obtuvo el primer premio, consistente en un ramo de pensamientos de oro y diamantes, nuestro amigo y colaborador el distinguido poeta Cordobés D. Antonio Alcalde Valladares. Damos sinceramente la enhorabuena al inspirado poeta, cuyo nombre ocupa un distinguido lugar en la república de las letras.

## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Así como hay hombres que nacen para la gloria, hay otros que nacen para el amor.

A los quince años los afectos son fosfóricos, nacen, brillan y mueren: las grandes pasiones no se conciben en tan tierna edad.

Hay cierta equitativa recompensa, aun en medio de la injusticia del mundo, que dá á cada uno su merecido.

No deben confundirse con una verdadera pasión los primeros arrullos del alma que se abre al sentimiento, esas primeras impresiones nunca arraigan: son una ráfaga de amor,

Los seres débiles y pusilánimes esclavos del *¿qué dirán?* viven infelices, devorando un martirio eterno; pero los seres enérgicos y fuertes, rompen con todas las tiranías sociales, y son bastante libres para poder ser felices.

También hay adulterio en el pensamiento.

JACINTO LABAILA.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero*.Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.